

LA RADICALIDAD DE LA VIDA MONÁSTICA: MONACATO Y MARTIRIO.

Iluminación desde las huelgas de hambre del presidio cubano

Quiero comenzar esta reflexión sobre la radicalidad de la vida monástica con la cita que la ha inspirado. Se trata del prefacio de un libro acerca de las huelgas de hambre en el presidio político, en la Cuba de los Castro¹. Esta cita me ha ayudado a ver el llamado monástico desde la perspectiva de otras realidades, que siendo mucho más difíciles, tienen con la vida monástica profundos puntos de coincidencia. La cita es la siguiente:

“Rechazar alimentos por un período corto de tiempo exige disciplina, concentración y la convicción suficiente para no ceder a los reclamos del cuerpo, pero cuando la decisión se extiende, se suman los días y las debilidades, y sólo queda el recurso de las fuerzas morales para enfrentar las demandas de una humanidad que se derrumba, entonces es cuando en verdad el huelguista se percató de que tiene que nutrirse de su espíritu, viajar hasta lo más profundo de su ser para desgajarse de todo aquello que se ha vuelto lastre porque en verdad, su verdad en ese momento, es darse a la causa, transformarse en luz que marcará el derrotero de los que podrán materializar los ideales”².

Una situación exigente en la cual la perseverancia en la dificultad va llevando a un descenso a lo más profundo de sí mismo, al desasimien-

¹ *Cuba y castrismo, las huelgas de hambre en el presidio político*, de ALBERTINI, J. A., El libro es una serie de entrevistas con cubanos y cubanas que realizaron huelgas de hambre en las cárceles castristas. Ediciones Memoria, Miami, 2007.

² *Ibid.* Prefacio de P. Corzo, p. 11.



to, al encuentro con la verdad por la fuerza que brota del espíritu, a la entrega radical a una causa que transforma a la persona en luz; todo esto puesto en el contexto de dar testimonio de valores que superan la inmediatez del presente y de esta vida, y que actúan en favor de los demás, es algo en lo que un monje puede verse reflejado.

Las “negaciones” moderadas de la vida monástica son el marco donde se produce ese proceso vital para nosotros. Pero no se trata sólo de las negaciones de una ascesis material, sino de las exigencias de un desprendimiento psicológico y espiritual, al que somos llamados, y que nos pone totalmente en manos de Dios; la obediencia, el celibato, la soledad y el silencio, entre otros, son instrumentos y manifestaciones exteriores de esa lucha profunda en la que se forja una vida nueva.

En sus raíces el monacato se sintió emparentado con el martirio; el nexo fundamental está en la radicalidad de la entrega y la profundidad de la lucha que exige a la persona en su totalidad: cuerpo y alma, y esto como fidelidad al llamado, o a la propia conciencia. La ascesis de los padres del desierto apuntaba hacia esa exigencia; también la escala de la humildad según San Benito, que involucra el cuerpo y el alma³ en una transformación radical.

Con el pasar de los siglos la vinculación entre monacato y martirio se ha ido debilitando en nuestra percepción, aunque en los hechos no se ha disuelto; en ciertos lugares y tiempos se ha manifestado con fuerza, incluso en el siglo XX, como es el caso de los benedictinos y benedictinas de Corea del Norte, o los trapenses durante la guerra civil española, posteriormente en China, y más recientemente en Argelia. Pero la ausencia o presencia de “accidentes” históricos no deben desviar nuestra mirada de lo esencial.

La aceptación de nuestras raíces carismáticas debe llevarnos a enfocar la realidad fundamental del martirio en la vida diaria, que interesaba a los padres del desierto; Antonio era mártir de la propia conciencia⁴, según Atanasio, y esto implica compromiso fiel y por lo tanto una purificación que lleva al encuentro con Dios. El testimonio, que es lo que “martirio” significa, no se busca sino que se da, se recibe y se manifiesta. La radicalidad de la vida monástica no necesita de situaciones dramáticas para ir a las profundidades de la entrega.

En la rutina “normal” tenemos que estar atentos para no ceder a la tentación de rechazar lo que en nuestra vida resulta duro o difícil: en el

³ *Regla de San Benito*, Capítulo 7,9. Ediciones Monte Casino, Zamora, España, 1991.

⁴ N° 47. La traducción de Paloma Rupérez en la edición de Biblioteca Patrística, Editorial Ciudad Nueva, dice: “martirio interior”. La traducción inglesa de Robert Gregg en *Classics of Western Spirituality*, dice: “*martyred by his own conscience*”.

trabajo, en la relación con los hermanos o con el abad, en el silencio, en la soledad o en el celibato y en tantas otras cosas. La tendencia cultural hoy es hacernos pensar que sólo aquello que nos hace sentir “bien” es lo bueno; sólo aquello que nos lleva a una satisfacción de nuestros gustos e inclinaciones es positivo; y lo que cuesta es rechazable, a menos que nos reporte dinero; desde esta perspectiva la dignidad humana se ve reducida al bienestar material en un horizonte muy cerrado.

La tradición benedictina es conocida por una sabia discreción y moderación, pero sabemos que el mismo San Benito nos alerta sobre la necesidad de aceptar un camino de salvación que es estrecho en sus comienzos⁵, y le dice al maestro que le pondere al novicio *todas las cosas duras y ásperas por las cuales se va a Dios*⁶; pero el camino es de toda la vida⁷.

El monje, como todo cristiano, está llamado a transformarse en luz⁸ y dar testimonio de la Luz en su configuración con Cristo; esto requiere un compromiso que lo lleva hasta las últimas consecuencias. Ese compromiso se parece, aunque en forma diferente, al que asume una huelga de hambre. Por lo demás el monje, como cristiano, está llamado a vivir desde la dignidad de los hijos de Dios, que es una exigencia perenne, sean cuales sean las circunstancias de vida.

En el texto citado, Corzo habla de una “causa”; para el monje esta “causa” es la de Dios en su amor al mundo, por el cual entregó a su único Hijo. Jesús en su muerte y resurrección se ha convertido en la luz que marca nuestro camino, y nos llama a dejarnos transformar por él para ser nosotros mismos luz, pero esto no va a suceder a menos que nos prestemos para descender a lo más profundo guiados por el Espíritu. El monacato cristiano pone matices específicos a la causa: es la causa de Dios y de la transformación propia y del mundo, y no hace falta estar enfrentado con una dictadura totalitaria para que el proceso de la “causa” se dé; basta con lo que el *Evangelio* y la *Regla* nos indican, si se vive con autenticidad.

Corzo habla de *nutrirse de su espíritu*; ahora, para el cristiano es claro que el espíritu humano solo no puede enfrentar el desafío de un compromiso radical hasta las últimas consecuencias; la humanidad se derrumba, como Corzo dice, y si algo logra es porque ha encontrado en sí algo, o Alguien, que lo trasciende y le da una fuerza que lo transforma.

⁵ RB, *Prólogo*, v. 48.

⁶ RB 58,8.

⁷ RB 4,76.

⁸ El tema de la transformación en luz es, desde luego, muy amplio en la tradición monástica y contemplativa. El núcleo bíblico estaría tanto en el *Evangelio de San Juan* como más específicamente en *2 Co* 4,16-18.

Y el monje desea ese encuentro y esa transformación.

La entrevista final con Amado Rodríguez es reveladora de un proceso de transformación que puede tener puntos de contacto con el monástico. Rodríguez relata cómo cuando el régimen decidió excarcelarlo lo pusieron en tratamiento médico y el doctor no podía creer que él hubiera sostenido una huelga de hambre de 29 días, ya que no mostraba evidencias de ello más allá de una fuerte pérdida de peso⁹, y esto produjo un choque entre el médico y el funcionario del Ministerio del Interior. Rodríguez explica su situación sencillamente: *me alimenté del espíritu*¹⁰.

El proceso de transformación/conversión del monje se da en otro contexto, con otros parámetros, pero no por eso debemos descartar una referencia a la experiencia descrita que puede iluminarnos. En el proceso monástico, vivido auténticamente, el monje va a encontrar que puede hacer cosas que le parecen imposibles, y no se trata de milagros refulgentes, sino de milagros de conversión, por la gracia del Espíritu.

En el texto de Corzo, hacia el final, hay un tono “escatológico”, apunta hacia un futuro que está en manos de otros: *transformarse en luz que marcará el derrotero de los que podrán materializar los ideales*. Esto Corzo lo dice en referencia a los que comenzaron este modo de resistencia a la tiranía y pagaron con sus vidas, o con el fracaso en el corto plazo de la lucha comenzada.

Por su parte el monje sabe que el sentido último de su propia vida y el resultado de ella no están en sus propias manos, sino en las de Dios; del monje se requiere la fidelidad, pero él sabe que no hay para sí garantía alguna en términos mundanos.

Recordemos otra vez que martirio significa testimonio, un testimonio que implica la totalidad del ser humano, alma y cuerpo, implica un compromiso radical con la persona de Cristo resucitado, e implica también, y es lo que hemos venido subrayando, una transformación personal, que afecta al mundo que nos rodea, aunque parezca no hacerlo.

Los testimonios de huelgas de hambre enfatizan la lucha por la dignidad humana y por la libertad; la huelga, por lo que nos dicen Corzo

⁹ Algunas de las consecuencias de una huelga prolongada, además de la lógica pérdida de peso y debilidad son: vómitos, mareos, dolor de cabeza, dolor de estómago y en las etapas más avanzadas disnea, deshidratación y escaras. Uno de los entrevistados por Albertini, Rigoberto Acosta Díaz, describe otros efectos: *Fueron diecinueve días de huelga, y cada día que pasaba, y los demás también, me fui poniendo peor. Al final hubo ratos, horas, qué sé yo, en que perdía la lucidez, imaginaba cosas y sentía que flotaba...* (p. 27). Nótese que esos síntomas se dan a los 19 días; Rodríguez tenía 29. Pedro Luís Boitel murió a los 53 días de huelga; esto da un punto de referencia de duración extrema y desenlace.

¹⁰ ALBERTINI, p. 210.

y los entrevistados, es la manifestación de algo muy profundo y auténtico que se purifica y desarrolla sobre la marcha. Por su parte, la vida monástica es una opción radical por Dios, casi a pesar nuestro y a pesar de las circunstancias que nos rodean, porque Dios nos ha seducido¹¹; esta opción de alguna manera nos cuesta la vida, pero ¿quién dijo que no debía ser así? Ni el Evangelio, ni la tradición monástica, ni la *Regla*, ni los padres del Císter nos indican otro camino.

La huelga de hambre es una reacción desde la dignidad humana en contra de un abuso, en contra de una situación de injusticia, para buscar la transformación de esa situación. La dignidad que se expresa en la huelga genera una fuerza transformadora en la persona que la asume y de alguna manera, quizás escondida, va socavando la injusticia a la cual se enfrenta. Es una búsqueda de la justicia, de la verdad y de la libertad. A su manera la vida monástica también lo es, y cuesta, porque aunque la Gracia no se compra, tampoco es barata.

Visto de otra manera quizás podríamos decir que el monje ha sido “capturado” para la causa de Cristo; su celda –su monasterio¹²– es un lugar de combate contra el mal, en su propio corazón y en el mundo que lo rodea, dentro y fuera del monasterio. San Antonio tenía muy claro que salir al desierto significaba salir al combate con el demonio¹³ para irradiar la luz de Cristo que disipa las tinieblas del mal. Este combate es tan radical que el monje o se aferra a Cristo, a quien empieza a conocer con creciente profundidad e intimidad, o sucumbe. El monje no puede dejar la lucha sin perderse. Cristo es su vida y la lucha una exigencia perenne.

La vida de estas personas que han luchado en una entrega radical por la causa de la verdad, de la dignidad y de la libertad es, para mí, una invitación a asumir nuestra vida con plena conciencia del llamado que hemos recibido, que es un llamado a salir de las tinieblas para pasar a la luz¹⁴; es una invitación a vivir de una manera digna de la vocación a la que hemos sido llamados¹⁵, y exige todo lo que somos en un compromiso que termina con la vida. Pero es también una invitación a dar gracias porque la luz se va manifestando, nos vamos transformando, y el mundo se va transformando con nosotros, aunque no lo veamos fácilmente. Creo que

¹¹ Jr 20,7: *Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido*. Cf. Os 2,16: *Por eso voy a seducirla; voy a llevarla al desierto y le hablaré al corazón*.

¹² RB 4,78.

¹³ Cf. *Vida de Antonio*, 41,4.

¹⁴ Cf. 1 P 2,9.

¹⁵ Ef 4,1.

esto es lo que la vida monástica busca, y puede encontrar una fuente de ánimo en aquellos que en forma tan radical, y a veces escondida, lo dan todo por fidelidad a la propia conciencia.

Monasterio Trapense N. S. de Los Andes,
VENEZUELA